

desertaron cinco mil. A eso de las cinco y media, Mauricio se encontraba en el boulevard exterior, en medio de un grupo de energúmenos, escuchando sin indignación el relato del fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas. ¡Ah! ¡Generales! Se acordaba de los de Sedan, vividores é ineptos. ¡Uno más ó menos qué importaba eso! Y el resto del día acababa en la misma exaltación, que desfiguraba para él todas las cosas, una insurrección que hasta los adoquines parecían haber querido, triunfante por una fatalidad imprevista y que á las diez de la noche se había hecho dueña de las Casas Consistoriales, donde se había instalado la Junta Central.

Un recuerdo quedaba, sin embargo, muy claro en la memoria de Mauricio: su encuentro repentino con Juan. Hacía tres días que este último se hallaba en París, á donde había llegado sin un céntimo, extenuado por las calenturas que le habían tenido dos meses en un hospital de Bélgica; y, casi en seguida, habiendo encontrado á un antiguo capitán del 106º, el capitán Ravaud, se afilió en la compañía del 124º, que éste mandaba. Habían vuelto á darle los galones de cabo y acaba de salir aquella tarde del cuartel del Príncipe Eugenio, con su escuadra, para ir á la orilla izquierda, donde estaba reconcentrándose todo el ejército, cuando tuvo que detenerse en el boulevard de San Martín, porque la multitud no le dejaba pasar y quería desarmar á él y á su escuadra. Con mucha serenidad contestó que le dejasen en paz, que no tenía que ver con nada de aquello y que solo quería cumplir su consigna sin hacer daño á nadie. Pero hubo un grito de sorpresa, Mauricio que se había acercado, daba un abrazo fraternal á Juan.

—¡Eres tú!... Mi hermana me ha escrito. Yo quería haber ido esta mañana á preguntar por tí en las oficinas de Guerra.

Los ojos de Juan se arrasaron en lágrimas.

—¡Muchacho, cuánto me alegro de verte! Yo también he andado buscándate, pero ¿quién te encontraba en esta Babilonia?

La gente se impacientaba y Mauricio se volvió:

—Ciudadanos, dejadme que les hable. Respondo de ellos.

Cogió las manos de su amigo, y le dijo en voz baja:

—Te quedas con nosotros ¿no es verdad?

Juan se sorprendió mucho.

—¿Con vosotros?

Escuchó por un momento sus quejas contra el gobierno y contra el ejército, y sus explicaciones acerca del modo de salvar á la República. Y conforme se esforzaba por comprenderle, su plácida fisonomía de campesino ignorante tomaba una expresión de sentimiento.

—No, no, si es para esa tarea, no me quedo!... Mi capitán me ha dicho que vaya con mi gente á Vaugirard, y allí voy. Aunque estuviera allí el demonio con todo el infierno junto, no dejaría de ir. Es natural. Debes comprenderlo.

Se echó á reír, y añadió:

—Quien va á venirse con nosotros, eres tú.

Mauricio, enfadado, le soltó las manos. Y los dos se quedaron un instante mirándose de hito en hito, el uno con la exasperación del acceso de locura que padecía París entero, aquel mal producido por los malos fermentos del último reinado, el otro fuerte con su buen sentido y con su ignorancia, sin haberse maleado, porque se había criado en tierra del trabajo y del ahorro. Y sin embargo, los dos eran hermanos, estaban unidos por un vínculo fuerte, y sintieron lo que les sucedía en aquel momento. De repente una oleada de gente les separó.

—¡Hasta la vista, Mauricio!

—¡Hasta la vista, Juan!

La masa compacta de un regimiento, el 79º, que desembocaba de una calle inmediata, había echado á la multitud á las aceras. Nadie se atrevió á ponerse delante de la tropa. Y la escuadra del 124º, ya libre, pudo continuar su marcha.

—¡Hasta la vista, Juan!

—¡Hasta la vista, Mauricio!

Se saludaron con la mano. Seguían queriéndose, aunque cedían á la fatalidad violenta de aquella separación.

Los días siguientes, Mauricio olvidó su encuentro con Juan, en medio de los acontecimientos extraordinarios que se precipitaban. El 19, París se despertó sin gobierno, más sorprendido que asustado al saber el pánico que había hecho marchar de Versalles, durante la noche, al ejército, á los funcionarios públicos y á los ministros; y como hacía un tiempo magnífico, París salió tranquilamente á las calles para ver las barricadas. Pareció muy oportuna una alocución de la Junta Central convocando al pueblo para unas elecciones comunales. Sólo le chocó que estuviera firmada por nombres completamente desconocidos. En aquella aurora de la Commune, París estaba en contra de Versalles, por el resentimiento de lo que había padecido y por las sospechas que le asaltaban. Empezó la anarquía, entablándose una lucha entre los alcaldes y la Junta Central. Los esfuerzos de conciliación intentados por los primeros, resultaron inútiles, mientras que la Junta, poco segura de tener en su favor á toda la guardia nacional federada, no hacía más que reclamar modestamente las libertades municipales. Los tiros disparados contra la manifestación pacífica de la plaza Vendôme, las víctimas cuya sangre había enrojecido el empedrado, causaron el primer

estremecimiento de terror en la ciudad. Y en tanto que la revolución triunfante se apoderaba definitivamente de todos los ministerios y de todas las administraciones públicas, Versalles temblaba de cólera y de miedo, el gobierno se daba prisa á reunir fuerzas militares suficientes para rechazar un ataque que preveía. Las mejores tropas de los ejércitos del Norte y del Loire eran llamadas con premura, habían bastado diez días para reunir ochenta mil hombres, y la confianza se restableció tan pronto, que el 2 de Abril se rompieron las hostilidades, siendo tomados por dos divisiones los pueblos de Puteaux y Courbevoie.

Sólo al día siguiente fué cuando Mauricio, que había salido con su batallón por la carretera de Versalles, volvió á ver delante de sí, en la fiebre de sus recuerdos, á Juan, que le decía «Hasta la vista». El ataque de los Versalleses había asombrado é indignado á la guardia nacional. Tres columnas, con una fuerza total de cincuenta mil hombres, habían marchado por Bougival y Meudon, á apoderarse de la Asamblea monárquica y de Thiers el asesino. Era la salida torrencial, con tanto ardor exigida durante el sitio, y Mauricio se preguntaba á sí mismo dónde volvería á ver Juan, como no fuese allá abajo, entre los muertos del campo de batalla. Pero la derrota fué inmediata. El batallón de Mauricio llegaba á lo alto de la cuesta de las Pastoras, en el camino de Rueil, cuando, de repente, cayeron en las filas algunas granadas, disparadas desde el Mont Valerien. Los federados se quedaron sin saber lo que les pasaba, unos creían que el fuerte estaba ocupado por compañeros suyos, otros contaban que el gobernador se había comprometido á no hacer fuego. Y un terrible pánico se apoderó de ellos; los batallones se dispersaron, y volvieron á París á todo correr, mientras que la cabeza de la

columna, cogida por un movimiento envolvente del general Vinoy, era acuchillada en Rueil.

Entonces, Mauricio sintió aumentar su odio contra aquel supuesto gobierno de orden y de legalidad, que derrotado en todos los encuentros por los prusianos, no recobraba el valor sino para atacar á París. ¡Y los ejércitos alemanes estaban todavía allí, presenciando aquel hermoso espectáculo de la caída de un pueblo! Por eso, en la crisis de destrucción que le invadía, aprobó las primeras medidas violentas, la construcción de barricadas en las calles y plazas, el encarcelamiento de los rehenes — el arzobispo, sacerdotes, antiguos funcionarios. Por una y otra parte empezaban ya las atrocidades; Versalles fusilaba á los prisioneros, París decretaba que, por la cabeza de uno de sus combatientes, haría caer tres cabezas de rehenes; y la poca cordura que le quedaba á Mauricio, después de tantos sacudimientos y de tantas ruinas, se la llevaba el viento de furor que soplaba por todas partes. La Commune se le presentaba como una vengadora de los ultrajes sufridos, como una libertadora, llevando el hierro que amputa y el fuego que purifica. Aquello no estaba muy claro en su imaginación, porque lo que en él había de instrucción, le evocaba sencillamente recuerdos clásicos, ciudades libres y triunfantes, federaciones de provincias ricas imponiendo su ley al mundo. Vea á París reconstituyendo una Francia de justicia y de libertad, reorganizando una sociedad nueva, después de haber barrido los restos podridos de la antigua. A decir verdad, los nombres de los individuos elegidos para la Commune le habían sorprendido algo, por la extraordinaria mezcla de moderados, de revolucionarios de todas sectas á quienes se confiaba la obra magna. Conocía á muchas de aquellos hombres y les consideraba como unas medianías. Pero el día en que se

constituyó solemnemente la Commune en la plaza de la villa, Mauricio había querido olvidarlo todo, animado de nuevo por una esperanza sin límites y renacía la ilusión, en la crisis aguda del mal en su paroxismo, en medio de las mentiras de los unos y de la fe exaltada de los otros.

Durante todo el mes de Abril, Mauricio anduvo tiroteando por las cercanías de Neuilly. La primavera, adelantada, hacía ya florecer las lilas. Muchos guardias nacionales volvían por la noche con un ramo de flores en el cañón del fusil. Entre tanto se había reunido en Versalles tanta tropa, que habrían podido formarse dos ejércitos, uno de primera línea, á las órdenes del mariscal Mac Mahón, y otro, de reserva, mandado por el general Vinoy. La Commune contaba con cerca de cien mil guardias nacionales movilizados y casi otros tantos sedentarios; pero en realidad no había para batirse más que cincuenta mil. Y de día en día se acentuaba el plan de ataque de los versalleses. Después de Neuilly habían ocupado el palacio de Bècon y luego Asnières, nada más que para estrechar la línea de asedio, porque pensaban entrar por el Point du Jour en cuanto pudiesen asaltar la muralla por aquella parte, bajo los fuegos convergentes del Mont Valerien que estaba en su poder. Todos sus esfuerzos tendían á tomar el fuerte de Issy, al que atacaban utilizando las trincheras de los prusianos. Desde mediados de Abril no cesaba el fuego de fusilería y de artillería. En Levallois, en Neuilly, era un combate continuado, un fuego incesante de guerrillas, lo mismo de día que de noche. Por el ferrocarril de circunvalación se llevaban en vagones blindados piezas de grueso calibre para batir á Asnières. Pero en Vanves y en Issy era tremendo el bombardeo, haciendo temblar todos los cristales de París, como en los días más terribles del sitio.

Y cuando el fuerte de Issy cayó en manos del ejército de Versailles, el día 9 de Mayo, entró el pánico en la Commune, impulsándola tomar resoluciones extremas.

Mauricio aplaudió la creación de una Junta de salvación pública. Si se quería salvar la patria, ¿no era llegada la hora de las medidas enérgicas? De todas las violencias, sólo una le había oprimido el corazón; el derribo de la columna Vendome; y se acusaba de aquello como de una debilidad de niño. Le parecía estar oyendo á su abuelo cuando le relataba las batallas de Marengo, Austerlitz, Jena, Eylau, Friedland, Wagram y Moscowa, narraciones épicas que todavía le impresionaban. Pero que se arrasara la casa de Thiers el asesino, que se guardase á los rehenes como una garantía y una amenaza, ¿qué tenía eso de particular? ¿Acaso no eran represalias justas por el bárbaro proceder del gobierno de Versailles? Mauricio sentía cada vez más la sombría necesidad de la destrucción, por lo mismo que se acercaba el fin de sus ensueños. Si la idea justiciera y vengadora había de ser ahogada en la sangre, que se abriese la tierra, transformada, en medio de uno de esos trastornos cósmicos que han renovado la vida! ¡Qué se hundiese París, que ardiera como una inmensa hoguera de holocausto antes que volviese á sus vicios y á sus miserias, á aquella antigua sociedad corroída por abominable injusticia! Mauricio tuvo otro gran ensueño: la ciudad reducida á cenizas, nada más que tizones humeantes en las dos orillas, la llaga curada por el fuego, una catástrofe sin nombre, sin ejemplo, de la que saliese un pueblo nuevo. Así era que cada vez se enardecía más con lo que oía contar: los barrios minados, las catacumbas atestadas de pólvora, todos los monumentos preparados para volarlos, los hornillos de mina puestos en comunica-

ción por hilos eléctricos para que una sola chispa les prendiese fuego; repuestos inmensos de materias inflamables, especialmente petróleo, para transformar las calles y plazas en torrentes, en mares de llamas. La Commune lo había jurado; si entraban los versalleses, ni uno solo pasaría más allá de las barricadas, se abriría el empedrado, se desplomarían los edificios, París quemaría y tragaría á todo un mundo.

El descontento de Mauricio contra la Commune, fué lo que le hizo concebir aquellas ideas propias de un loco. La Commune le parecía torpe, desatentada, incoherente, estúpida. De todas las reformas sociales que había prometido, no había podido realizar ni siquiera una, y era ya seguro que no dejaría detrás de sí ninguna obra duradera. Pero lo que más la perjudicaba eran las rivalidades que la desgarraban, la inquietud en que vivía cada uno de sus individuos. Muchos de ellos, los moderados, no asistían ya á las sesiones. Los otros eran arrastrados por los acontecimientos, temblaban ante una dictadura posible, estaban en la hora en que los grupos de las Asambleas revolucionarias se exterminan entre sí para salvar á la patria. Después de Cluseret, después de Dombrowski, Rossell iba á hacerse sospechoso. Delescluze, nombrado para el cargo de delegado civil del ministerio de la Guerra, no podía hacer nada á pesar de su gran autoridad. Y el gran esfuerzo social vislumbrado abortaba en el aislamiento que de hora en hora se extendía al rededor de aquellos hombres que carecían de prestigio y no podían hacer más que atrocidades.

En París aumentaba el terror. París, irritado al principio contra Versailles, se iba separando de la Commune. El alistamiento forzoso de todos los hombres de menos de 40 años había exasperado á las

personas pacíficas y determinado una fuga en masa. Se escapaban valiéndose de un disfraz, con documentos alsacianos, falsos; en las noches oscuras se descolgaban por las murallas con cuerdas y escalas. Hacía mucho tiempo que se habían marchado los vecinos ricos. Ninguna fábrica había vuelto á abrir sus puertas. No había comercio, no había trabajo, continuaba la existencia de ociosidad, en espera del desenlace inevitable. Y la gente del pueblo no vivía más que del sueldo de los guardias nacionales, aquellos treinta *suses* que se pagaban con los millones cogidos al Banco, los treinta *suses* por los cuales se batían muchos de los rebeldes, una de las causas verdaderas y la razón de ser de la insurrección. Barrios enteros estaban deshabitados; las tiendas, cerradas. A la claridad del sol del admirable mes de Mayo, no se encontraban más que entierros de federados muertos en los combates, entierros sin sacerdotes, carros fúnebres cubiertos con banderas rojas, seguidos de mucha gente que llevaba ramos de siemprevivas. Las iglesias, cerradas, se transformaban por la noche en salas de club. Sólo se publicaban los periódicos revolucionarios; todos los demás habían sido suprimidos. Era la destrucción de París, aquel malhadado París que tenía á la Asamblea una repulsión de capital republicana, y donde iba en aumento el miedo á la Commune, la impaciencia por verse libre de ella, en medio de los rumores aterradores que circulaban, de las detenciones diarias de rehenes, de los barriles de pólvora llevados á las alcantarillas, donde hacían centinela muchos hombres con teas encendidas, esperando una señal.

Entonces, Mauricio, que no había bebido nunca, se encontró cogido y como ahogado en la embriaguez general. Cuando estaba de servicio de avanzadas, ó cuando pasaba la noche en el cuerpo de guar-

dia, solía aceptar una copa de cognac. Si tomaba otra, se exaltaba entre las bocanadas de alcohol que le daban en la cara. Era la epidemia creciente, la borrachera crónica, herencia del primer sitio; un vecindario sin pan, pero con aguardiente y vino á discreción, y que al menor trago que echaba, se trastornaba por completo. Por primera vez en su vida, Mauricio volvió borracho á su casa (donde dormía de cuando en cuando) el domingo 21 de Mayo, por la noche. Había pasado el día en Neuilly, disparando tiros, bebiendo con sus compañeros, con la esperanza de quitarse el cansancio que le abrumbaba. Después, trastornado, rendido, había ido á echarse en su cama, llevado por el instinto, porque nunca se acordó cómo había vuelto á su casa. Y al otro día el sol estaba ya muy alto, cuando le despertaron ruidos de campanas, de tambores y de cornetas. Los versalleses habían entrado libremente en París, por haber encontrado abandonada una de las puertas.

Mauricio se vistió de prisa, cogió el fusil y salió á la calle. En la alcaldía del distrito encontró á unos compañeros que le contaron confusamente lo que ocurría. Hacía diez días que el fuerte de Issy y la batería de Montretout, auxiliados por la ciudadela de Mont-Valerien, estaban abriendo brecha, obligando á los federados á abandonar la puerta de Saind Cloud. Al día siguiente iba á darse el asalto. Serían las cinco de la tarde cuando un transeunte, viendo que nadie guardaba ya la puerta, había llamado con una seña á la guardia de trinchera que estaba á unos 50 metros escasos. Dos compañías del 37.º de línea entraron sin esperar órdenes, y detrás de ellas entró todo el 4.º cuerpo mandado por el general Douay. A las siete la división Vergé pasó el puente de Grenelle y avanzó hasta el Trocadero. A las nueve, el general Clinchamp se apoderó

de Passy. A las tres de la mañana, el primer cuerpo acampó en el Bosque de Boulogne, y al mismo tiempo la división Bruat pasaba el Sena para tomar la puerta de Sévres y facilitar la entrada del 2.º cuerpo, el cual ocupó, una hora después, el barrio de Grenelle. El día 22 por la mañana, el ejército de Versalles era, pues, dueño del Trocadero y de la Murette, en la orilla derecha, y de Grenelle, en la izquierda, con asombro y terror de la Commune, que se veía ya perdida.

El primer pensamiento de Mauricio fué que todo había concluido y que no quedaba más que hacerse matar. Pero las campanas seguían tocando á rebato, las mujeres y hasta los niños trabajaban en las barricadas, los batallones, reunidos á toda prisa, corrían á su puesto de combate. Y á mediodía renacía la esperanza en el corazón de los soldados de la Commune, resueltos á vencer, al observar que los versalleses no avanzaban más. Este ejército procedía con una prudencia extraordinaria, alocionado por sus derrotas, exagerando la táctica que los prusianos le habían enseñado tan duramente. La Junta de salvación pública organizaba y dirigía la defensa desde la Casa de la Villa. Contábase que había rechazado desdeñosamente una suprema tentativa de conciliación. Esto alentaba á las masas; la resistencia iba á ser tenaz, puesto que el ataque sería implacable, dado el odio que enardecía á los dos ejércitos. Y aquel día, Mauricio lo pasó en el barrio del Cuartel de Inválidos, retirándose lentamente de calle en calle, sin dejar de hacer fuego. No habiendo podido encontrar á su batallón, se reunió con camaradas desconocidos, con los cuales pasó á la orilla izquierda. A las cuatro, defendieron una barricada que cerraba la calle de la Universidad por la parte de la Esplanada y no la abandonaron hasta el anochecer, cuando supieron que la

división Bruat, corriéndose por el muelle, se había apoderado del palacio del Cuerpo Legislativo. A duras penas pudieron llegar á la calle de Lille, dando un gran rodeo por las calles de Santo Domingo y Belleschasse. Al cerrar la noche, el ejército de Versalles ocupaba una línea que empezaba en la punta de Vanves, pasaba por el palacio del Elíseo, la iglesia de San Agustín y la estación de San Lázaro, y terminaba en la puerta de Asnières.

El día siguiente, el 23, un martes primaveral, de ardiente sol, fué para Mauricio el día terrible. Unos cuantos centenares de federados de distintos batallones, entre los cuales se hallaba él, se sostenían todavía en el barrio de Santo Domingo. Pero la mayor parte habían vivaqueado en los jardines de los palacios de la calle de Lille. El mismo se había quedado profundamente dormido en un jardincito contiguo al palacio de la Legión de Honor. Por la mañana creía que las tropas saldrían del palacio del Cuerpo Legislativo para atacar las fuertes barricadas de la calle del Bac. Sin embargo, iban pasando las horas sin que se diese la orden de ataque. Sólo había algún tiroteo. Era el plan de Versalles, que se desarrollaba con prudente lentitud; la resolución de no atacar de frente al terraplén de las Tullerías, transformado por los rebeldes en una fortaleza formidable; la marcha á lo largo de las murallas, por derecha é izquierda, para apoderarse primero de Montmartre y del Observatorio y para coger después todos los barrios del centro en una inmensa redada. A eso de las dos, Mauricio oyó decir que la bandera tricolor ondeaba en Montmartre. Atacada por tres cuerpos de ejército, que habían lanzado sus batallones sobre el cerro, por las calles Lepic, de los Sauces y del Mont-Cenis, acababa de ser tomada la gran batería del Molino de

la Galette; y los vencedores entraban en París, apoderándose de la plaza de San Jorge, de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, de la alcaldía de la calle Druot y del nuevo teatro de la Opera; mientras que en la orilla izquierda, tomaban la plaza de Enfer y el Mercado de Caballos. Los insurrectos recibían aquellas noticias con asombro y espanto. ¡Montmartre tomado en dos horas, Montmartre, la ciudadela gloriosa é inexpugnable de la insurrección! Mauricio notó que las filas se aclaraban, muchos camaradas, amedrentados, se marchaban, yendo á lavarse las manos y á ponerse una blusa por temor á las represalias. Corría el rumor de que se preparaba el ataque á la Croix Rouge. Las barricadas de las calles Cartinag y Bellechasse habían sido ya tomadas; empezaban á verse pantalones encarnados al extremo de la calle de Lille. Y no tardaron en quedarse solos los convencidos, los tercios, Mauricio y unos cincuenta más, resueltos á morir, pero no sin matar antes cuantos versalleses pudieran, aquellos versalleses que trataban á los federados como bandidos, que fusilaban á los prisioneros á retaguardia de la línea de batalla. Desde el día anterior había aumentado el odio. Entre aquellos sublevados que morían por su ideal y aquel ejército lleno de pasiones reaccionarias, exasperado por tener que batirse otra vez, no había, ni podía haber más que exterminio.

Serían las cinco de la tarde, cuando Mauricio y sus compañeros se replegaban detrás de las barricadas de la calle de Bac, sin dejar de hacer fuego, vieron de repente salir una gran humareda por una ventana abierta del palacio de la Legión de Honor. Era el primer incendio y Mauricio sintió una alegría feroz. Había llegado la hora. ¡Que ardiese, pues, la ciudad entera como una hoguera inmensa! ¡Que el mundo se purificase por el fuego! Pero una apari-

ción brusca dejó atónito á Mauricio. Acababan de salir precipitadamente del palacio cinco ó seis hombres, y delante iba un mocetón, en el cual reconoció á Chouteau, su antiguo camarada de escuadra del 106.º Ya lo había visto después del 18 de Marzo con un kepis galoneado y á los pocos días lo había encontrado con más galones, agregado al estado mayor de algún general que no se batía. Se acordó de una historia que le habían contado: el tal Chouteau, instalado en el palacio de la Legión de Honor, viviendo allí en compañía de una querida en una francachela continua, rompiendo los espejos á tiros de revólver y limpiándose las botas con las colchas de damasco. Hasta se aseguraba que, con el pretexto de ir á la compra, su querida salía todas las mañanas en carruaje de gala, llevándose envoltorios de ropa blanca, relojes de sobremesa y hasta muebles. Mauricio al ver correr á Chouteau, con una lata de petróleo en la mano, sintió un malestar, una duda tremenda que hizo vacilar toda su fe. ¿Si sería mala la obra terrible, puesto que un hombre así era uno de los obreros?

Pasaron más horas. Mauricio se batía á la desesperada. Si se había equivocado, ¡que pagase al menos su error con su sangre! La barricada que cerraba la calle de Lille, á la altura de la calle del Bac, estaba hecha con sacos y con barricadas llenas de tierra y protegida por un foso profundo. Defendíala Mauricio con una docena de federados, todos medio tendidos en el suelo, matando á los soldados que se presentaban. El no se movió hasta el anochecer, gastó sus cartuchos, silencioso, en la terquedad de su desesperación. Miraba cómo iba aumentando la humareda del palacio de la Legión de Honor. Todavía no se veían las llamas. Un edificio contiguo empezaba á arder también. De repente, un compañero fué á avisar á Mauricio que los sol-

dados, no atreviéndose á salir al centro de la calle, avanzaban por los jardines y por dentro de las casas, abriendo boquetes en las paredes. De un momento á otro podía ser tomada la barricada por retaguardia. A la luz de un fogonazo que salió de una ventana, Mauricio vió á Chouteau y á su cuadrilla que subían á las casas de esquina llevando latas de petróleo y hachas de viento. Media hora después estaban ardiendo las casas de las cuatro esquinas. Entretanto, Mauricio, tendido detrás de las barricadas, se aprovechaba del resplandor del incendio para tirar á los soldados imprudentes que se arriesgaban á salir al centro de la calle.

¿Cuánto tiempo estuvo Mauricio haciendo fuego? No tenía ya conciencia del tiempo, ni de los lugares. La detestable tarea que estaba ejecutando le daba náuseas. A su alrededor, el incendio empezaba á envolverle con un calor intenso en una atmósfera sofocante. La encrucijada, con los montones de adoquines que la cerraban, se había convertido en un campo atrincherado, defendido por los incendios. ¿No eran esas las órdenes; prender fuego á los barrios al abandonar las barricadas, detener á las tropas con una línea de hogueras? Mauricio comprendía que las casas de la calle del Bac no eran las únicas que ardían. Detrás de sí veía iluminarse el cielo con un resplandor rojizo. A la derecha debía haber otros incendios. Hacía ya rato que Chouteau había desaparecido. Los más furibundos de los compañeros de Mauricio se marchaban también uno á uno, aterrados con la idea de ser cogidos de un momento á otro. Al fin, Mauricio se había quedado solo, tendido entre dos sacos de tierra, sin pensar en otra cosa que en defender el frente de la barricada cuando los soldados, que habían ido pasando por los patios y por los jardines, llegaron por retaguardia, saliendo de un portal de la calle del Bac.

En la exaltación de aquella lucha suprema, hacía dos días largos que Mauricio no se acordaba de Juan. Y tampoco Juan, desde que había entrado en París con su regimiento, se había acordado de Mauricio, ni siquiera un minuto. El día antes había estado en las guerrillas, en el campo de Marte y en la explanada de los Inválidos. Después, aquel día, no había salido de la plaza del Palacio Borbon hasta mediodía para ir á tomar las barricadas del barrio. El, tan tranquilo, se había ido exasperando poco á poco en aquella guerra fratricida, en medio de compañeros que no deseaban sino descansar, después de tantas fatigas y penalidades. Además, los relatos de las atrocidades de la Commune, le ponían fuera de sí, lastimando su respeto á la propiedad y su necesidad de orden. Era el tipo del verdadero francés, un campesino sesudo, ansioso de paz, para que se volviera á trabajar, á ganar. Pero lo que más ira le daba eran los incendios. ¡Quemar las casas, quemar los palacios, porque no se había triunfado! ¡Caramba, eso no! Sólo unos bandidos eran capaces de hacer una barbaridad semejante. Y él, que se había conmovido al presenciar el día antes los fusilamientos, no sabía ya lo que hacía, se había vuelto feroz.

Juan salió, impetuosamente, á la calle del Bac, con algunos individuos de su escuadra. Al principio, no vió á nadie, creyó que la barricada acababa de ser desalojada. Luego, vió á un comunista revolviéndose entre los sacos de tierra y disparando tiros hacia la calle de Lille. Impulsado por la fatalidad, Juan salió á la carrera, y atravesó al comunista, de un bayonetazo.

Mauricio no había tenido tiempo para volverse. Dió un grito, levantó la cabeza. Los incendios los alumbraban con una claridad extraordinaria.

—Juan, querido Juan, ¿eres tú?

Quería morir, lo deseaba con frenética impaciencia. Pero morir á manos de su hermano, aquello era demasiado, aquello emponzoñaba la muerte con una amargura terrible.

—¿Con que eres tú, Juan, querido Juan?

Juan le miraba asombrado. Estaban solos, porque los demás soldados habían salido en persecución de los fugitivos. A su alrededor los incendios ganaban terreno; grandes llamaradas rojizas salían por las ventanas; desplomábanse los techos con pavoroso estrépito. Y Juan desesperado y lloroso, se arrodilló junto á Mauricio, palpándole, procurando levantarle, para ver si podía salvarle.

¡Pobre amigo mío, pobrecillo!

### VIII

Cuando el tren procedente de Sedan llegó, con mucho retraso, á la estación de San Dionisio, á eso de las nueve, un gran resplandor rojizo iluminaba el cielo, por la parte del Sur, como si estuviese ardiendo todo París. Conforme había ido haciéndose de noche, aquel resplandor había aumentado, y, poco á poco se extendió por todo el horizonte, dando color de sangre á unas nubecillas que, por la parte de Oriente, se perdían en el fondo de las tinieblas.

Enriqueta bajó del coche, inquieta por aquellos reflejos de incendio que los viajeros habían visto por las ventanillas del tren en marcha. Los soldados de un destacamento prusiano que acababa de ocupar la estación, hacían bajar á todo el mundo, y dos de ellos gritaban en francés:

—París está ardiendo... El tren no pasa de aquí... ¡Abajo todo el mundo!... París está ardiendo...

Enriqueta se angustió mucho. ¿Llegaría demasiado tarde? Como Mauricio no había contestado á sus dos últimas cartas, y las noticias de París eran ca-

da vez más alarmantes, se había decidido á marcharse de Remilly. En casa de su tío Fouchard llevaba una vida muy triste. Conforme se había ido prolongando la resistencia en París, las tropas de ocupación se habían vuelto más exigentes. El racionamiento de las fuerzas que regresaban á Alemania estaba acabando con los recursos de los pueblos. Al salir Enriqueta de la casería para ir á Sedán á tomar el ferrocarril muy de madrugada, había visto el corral lleno de soldados de caballería que habían dormido allí. A un toque de corneta, todos se habían levantado, silenciosos, envueltos en sus capotes, y tan apiñados que Enriqueta creyó ostar presenciando la resurrección de los muertos en un campo de batalla, al toque de llamada de las trompetas del Juicio final. Y encontraba más prusianos en San Dionisio, y ellos eran los que daban aquel grito que la trastornaba:

—¡Abajo todo el mundo! ¡De aquí no se pasa!... ¡París está ardiendo!

Enriqueta, desesperada, con su maletita en la mano, pidió noticias. Hacía dos días que en París se estaban batiendo; la vía férrea se hallaba interceptada; los prusianos se mantenían á la expectativa. Pero Enriqueta quería pasar á todo trance; vió en el andén al capitán de la compañía que ocupaba la estación, y se acercó á él.

—Caballero, voy á ver á un hermano mío, de quien no sé nada. Suplico á usted que me facilite un medio de continuar mi viaje.

Se detuvo, sorprendida, al reconocer al capitán.

—¡Es usted, Otto!... Favorézcame usted, ya que la casualidad ha hecho que volvamos á encontrarnos.

Su primo, Otto Gunther, seguía tan espetado y orgulloso como siempre. Y no reconocía á aquella mujer delgada, rubia y bonita, de aspecto enfermi-